

los límites trazados por la edad, el estado, el nacimiento y las facultades: domine constantemente en las familias una saludable economía, y concédase tan sólo de vez en cuando algún moderado ensanche á los ordinarios dispendios. Haced de manera que la volubilidad de la moda no os induzca á seguir todas sus prodigiosas mudanzas, con ofensa de la humana prudencia; que el desenfreno de la moda no os mueva á imitar los excesos de su descomedido lujo, con perjuicio de la cristiana moderación: haced, por último, de manera que la irracionalidad de la moda, tercero de los viciosos caracteres que conforme hemos visto, la distinguen, no os incline á adoptar sus caprichos, con mengua de la humana razón. A la consecución de este laudable objeto tienden mis deseos y se encamina el presente discurso. Si tengo la dicha de alcanzarlo, bendeciré al divino Padre de las luces, por haber formado de un instrumento tan inútil como yo, un azote exterminador de un monstruo, que mina á un tiempo mismo los cimientos de la economía y del Evangelio. Mas, si por desgracia sucede lo contrario, si mi trabajo resulta perdido, y á pesar de mis esfuerzos no logro la conversión de una sola alma, entónces, cubriendo mi cabeza de ceniza y derramando amargas lágrimas, me postraré con el Profeta á los pies del Señor, y le diré y le protestaré con hondos suspiros y sollozos, que cumpliendo con los deberes de mi misión, he procurado curar esa llaga inveterada y profunda de Babilonia; pero que ésta se ha enconado todavía más con la aplicación de mis bálsamos; y le diré, por último, que desesperando ya de su curación, la abandono y la dejo enteramente en sus manos: *Curavimus Babylonem; non est sanata. Derelinquamus eam.*

DIVISIONES SOBRE EL MISMO ASUNTO.

MODA.—Hay que menospreciar la moda cuando apela á ella la vanidad.

Hay que renunciar á la moda cuando fomenta la impureza.

MODA.—La moda es abominable á los ojos de Dios cuando los jóvenes la convierten en su divinidad.

La moda es abominable á los ojos del Hombre-Dios cuando ve en ella la semejanza del hombre viejo.

La moda es abominable á los ojos de la Iglesia cuando es contraria á la modestia cristiana.

Véase: LUJO, MUNDO, su tiranía; y TRAJES.

MODESTIA.

Modestia vestra nota sit omnibus hominibus.

Sea vuestra modestia patente á todos los hombres.

(PHILIP. IV, 5.)

Acaso no hay una virtud que los hombres alaben tanto y practiquen tan poco como la modestia. Prodigánle á cada instante los más bellos dictados: llámanla discreta, honesta, púdica, y más hermosa, dulce y amable que todas las demás dotes del alma y del cuerpo: compáranla, ya con la violeta, que humilde se recata entre el césped, en el lugar más solitario del jardín; ya con la rosa, cuando brota del cáliz virginal recogida y envuelta entre sus hojas; ya con el sol, cuando á través de un velo de ténues nubecillas, mira benigno la tierra, cubierta la faz con una especie de suave rubor. Otras virtudes, dependientes en algún modo de ciertas circunstancias de tiempo y de lugar, tienen más ó menos partidarios y encomiadores; pero la modestia es siempre y por todos igualmente respetada y ensalzada. Y con razón, en verdad, porque no hiere ni ofende, ántes al contrario, embelesa y atrae dulcemente y aún á veces desarma á la misma envidia. La modestia conviene igualmente á todos los estados: realza la majestad del monarca, la gloria del capitán victorioso, la dignidad del sacerdote, el esplendor del rico, la resignación del pobre, la honestidad de la matrona, el recato de la doncella. Hija de la caridad y de la humildad, estrecha dulcemente los vínculos de la humana confraternidad y de la comunión social; armoniza y aminora las desigualdades necesarias al orden público; reprime y castiga toda enemistad; gózase en la medianía y en la moderación, dando de esta manera alegría y paz á los corazones en que se abriga. Recorred, empero, oyentes míos, las calles y las plazas, y decidme ¿en dónde está la modestia? Ojos provocativos, seductores de las almas, labios que rebosan de malicia y obscenidad, semblantes soberbios y altaneros, excesos en el lujo, inmoralidad en las costumbres, tal es el espectáculo que el mundo ofrece con frecuencia á nuestra vista. Pues

¿dónde está, repito, la modestia? ¡Ah! la modestia se refugia entre los afljidos y atribulados, en la oscuridad de la pobreza y en el silencio del santuario. Y entre tanto la inmodestia levanta erguida la cabeza, y triunfa la concupiscencia de la carne y la soberbia de la vida. Hé aquí, hermanos míos, el tema que voy á desarrollar en el presente discurso. La modestia es una virtud religiosa y civil: doble razon para que la ameís y cultiveís vosotros como hombres religiosos y bien educados. Pidamos ántes los auxilios de la gracia. A. M.

1. Es una verdad universalmente reconocida, que el espíritu del hombre se revela en el semblante, y principalmente en los ojos; porque en ellos brilla la luz del entendimiento y chispea el fuego del corazón. El espíritu, por decirlo así, asoma por ellos, y de allí se sale al exterior, derramándose sobre los objetos que lo rodean. ¡Con qué energía, con qué elocuencia hablan los ojos! Ruegan, amenazan, persuaden; brillan con la alegría, anúblanse con el llanto, y expresan, en fin, con una viveza y verdad imponderables los más íntimos, secretos y encontrados afectos. El ojo es el juzgador de la belleza, el ministro más digno del espíritu, el mensajero más fiel y diligente del alma, el ménos corpóreo de todos nuestros sentidos. Con maravillosa facilidad asume y absorbe las especies de las cosas, las traslada á la memoria para que las custodie y á la imaginacion para que las adorne y embellezca. Es tanto el poder de este noble y sublime sentido, colocado como centinela en la parte más eminente y conspicua del cuerpo, que recorre y abarca en un instante el cielo y la tierra. Pero, es tan terrible como noble y grande; porque escrito está, que ninguna cosa creada aventaja al ojo en su maldad; que si es sencillo y bueno ilumina al cuerpo, y si malo, lo sumerge en un mar de tinieblas. Con efecto, el ojo es el lugar por donde entra y sale la concupiscencia. En la inclinacion de los párpados y en la humillacion de las pupilas, dice el Sábio, retrátase la modestia del ánimo, así como en el alzamiento de las cejas y en la altivéz de las miradas se conoce la lascivia. Por los ojos salen á manera de llamas los ardientes deseos y la insaciable concupiscencia, y por ellos entran también aquéllos y ésta en el ánimo, donde con harta frecuencia levantan horribles tempestades é incendios. La imágen del objeto deseado, en cuanto penetra al interior del hombre, lo invade todo y lo domina de manera, que perturba y trastorna enteramente el pacífico gobierno de las potencias. Reglas de prudencia y moderacion, buenos y firmes propósitos, todo cede á aquella fatal influencia, que, acompañada de sus ídolos, como de otros tantos obedientes satélites, dá nuevos colores, nuevas formas

y movimientos nuevos á las cosas, se apodera del espíritu, sujeta á su imperio los sentidos, y no para ni sosiega hasta tanto que se hace dueña absoluta de todos nuestros afectos. La ruina de nuestra inocencia, la pérdida de nuestra beatitud é inmortalidad, las enfermedades, los dolores, los trabajos, los remordimientos, todas nuestras desgracias y miserias, en fin, provienen de los ojos. Una mujer incauta, cautivada de la belleza del fruto de un árbol á que no le es lícito tocar, contéplalo primero con placer, despues, pensando cuán dulce y sabroso debe ser, y creyendo hallar en él el secreto de toda felicidad, lo desea con ánsia; por último, cediendo á su inmoderado deseo, lo coge, lo lleva á la boca, y ¡ay de mí! donde creia encontrar el colmo del deleite y de la dicha, encuentra tan solo la infelicidad y la muerte para sí y para toda su posteridad. Esta es, amados míos, la historia de todos nosotros. En efecto, nadie puede formarse una idea de los estragos que causa en el alma, de las heridas que abre en el corazón una sola mirada inmodesta: porque de la mirada al deseo, del deseo al acto, del acto á la costumbre de pecar, no hay más que un paso. ¿De qué le sirvió á David la gloria de sus triunfos militares? ¿De qué le aprovecharon á Salomon los tesoros de humana y divina sabiduría? ¿De qué le sirvió á Sanson, terror de los filisteos, la fuerza de su poderoso brazo? La concupiscencia de los ojos los humilló y derribó cual frágiles cañas. ¿No veís allí, sobre los muros de aquella elevada fortaleza, una livida cabeza recién cortada del trono, que todavía está chorreando sangre? ¿No veís aquel numerosísimo ejército, cuyas dispersas y aterrorizadas huestes huyen á través de los montes y llanuras, echándose en revuelta confusion unas sobre otras? ¿No veís cual salen en tropel de la ciudad sitiada, y ahora libre ya, los moradores todos, hombres y mujeres, jóvenes y ancianos, sacerdotes y levitas, con palmas en las manos y guirnaldas en la cabeza, y derramando lágrimas de alegría, rodean y acompañan á una heróica viuda, que en medio de su triunfo se retira humilde á su morada, mientras ellos la bendicen y aclaman diciendo en altas voces: Tú eres la gloria de Jerusalem, tú la alegría de Israel, tú la honra de nuestro pueblo? Así sucumbió el soberbio Holofernes, víctima de la inmodestia con que se atrevió á contemplar las gracias de la hermosa Judith. Embriagado por la concupiscencia de los ojos, y rendido á la fuerza del sueño y de la crápula, tendió imprudente el cuello á la cuchilla con que la intrépida mujer cortó de un golpe la cabeza de aquel enemigo de su pátria. Lo que sucedió á Holofernes sucede diariamente á aquellos atrevidos que, despreciando toda modestia, fijan temerariamente los ojos sobre cuantos objetos libidinosos se presentan

á su vista, y donde no pueden penetrar con la mirada penetran con el pensamiento, violando y profanando de este modo hasta lo más recóndito y secreto. El ojo concupiscente, dice el Eclesiástico, no se sacia hasta tanto que seca y consume el alma.

Entre los abusos que se cometen contra la modestia, uno de los mayores es sin duda la deshonestidad de los trajes. Los que se usaban en otro tiempo, sobre todo en determinadas ocasiones, y que quizás no están aún, cual debieran, enteramente proscritos, eran un incentivo lujurioso para los disolutos, un lazo de perdición para los débiles y una causa permanente de escándalo para los timoratos. En vano se predicó, en vano se amonestó, en vano se amenazó con los castigos divinos y humanos; el mal era tan inveterado, la costumbre habia echado raíces tan hondas, que ni la vergüenza ni los remordimientos bastaban á extirparlos. Al expresarme así, no tanto para reprender las costumbres pasadas, como para contribuir al mejoramiento de las actuales y venideras, no pretendo, hermanos míos, volveros á la antigua rusticidad, ni que vistais, como en los primitivos tiempos, por pura honestidad y sin consideracion alguna al adorno de vuestra persona. La tosquedad, la dejadez, el abandono, ni yo ni hombre alguno ilustrado puede aconsejároslos. Vestíos, pues, os diré, ya que me es preciso descender á tales pormenores, con moderado esmero y elegancia, siguiendo sin exageracion el estilo dominante y aún ocultando en lo posible ciertas deformidades del cuerpo; pero, no trateis de singularizaros con la riqueza ó la forma de vuestros vestidos, ni hagais alarde de un lujo superior á vuestra condicion, dando con esto pábulo á la sospecha y á la maledicencia; no gasteis en vanas frivolidades, lo que bastaria para socorrer á muchos necesitados; no convirtais los adornos en instrumento de lujuria y corrupcion; no oculteis artificiosamente ciertas cosas para llamar mayormente hácia ellas la curiosidad ajena; no os revistais, en fin, de una falsa modestia para la más fácil consecucion de unos fines inmodestos y criminales; porque esto seria el colmo de la perversidad.

Y ¿qué diré de las palabras equívocas, de las alusiones maliciosas, de las conversaciones deshonestas, del libre trato y de la peligrosa familiaridad entre las personas de ambos sexos? ¡Oh funesto extravío! ¡oh nécia presuncion! Jerónimo, el viejo Jerónimo, retirado á una solitaria cueva de la Palestina, rodeado de bestias fieras, triste y solo, enojado, como él mismo escribe, contra sí mismo, ora recorriendo llanuras arenosas, ora penetrando en el fondo de oscuros valles, ora trepando hasta la cima de los peñascos, vestido de un simple saco que apenas basta á resguardarle de las inclemencias del tiempo; Jeróni-

mo, consumido por las vigiliias, los ayunos, las penitencias y el estudio, veia ó le parecia ver impresas en la arena de aquel desierto las huellas de las bailarinas romanas; y vosotros, que estais en todo el vigor de la juventud, en el mayor hervor de las pasiones, rodeados de tantos y tan poderosos incentivos; vosotras, frágiles mujeres, incautos jóvenes, hombres vanos; vosotros, criados entre el lujo, el regalo y la ociosidad; ¿osareis desafiar á aquel insidioso enemigo que está siempre en acecho dentro de nosotros mismos, y que, aún á pesar nuestro, rebela la carne contra el espíritu, incitándolo á la más desenfrenada sensualidad? Si algun encomiador de los modernos tiempos me recuerda las duras costumbres de nuestros mayores, su crasa ignorancia y su falta de civilidad; si me recuerda que en aquella época las mujeres y las doncellas vivian tristes y encarceladas en los solitarios castillos feudales, expuestas constantemente á ser victimas de la tiranía de los maridos ó de la audácia de infames raptos; no seré yo quien trate de defender los abusos ó paliar los defectos de aquella edad de hierro. Pero, decidme: ¿son acaso mucho mejores las costumbres de nuestra época? Ese amor desenfrenado al lujo, á la vana ostentacion y á los placeres sensuales, esa continua promiscuidad de sexos, esa libertad, esa desenvoltura en el hablar y en el obrar, esos escándalos, en fin, que con tanta frecuencia ocurren en la vida doméstica, ¿no hacen ver bien á las claras, que la modestia ha sido desterrada de nuestra sociedad, que se ha soltado la rienda á los sentidos, y que la concupiscencia de la carne anda por todas partes con la cabeza erguida, arrastrando en pos de sí la mente extraviada y el corazon corrompido de los hombres?

¿Y luego se extrañará que la malicia sea superior á los años? ¿qué no haya vigilancia que baste para guardar la honestidad de las doncellas, ni correctivo que alcance á refrenar la licencia de nuestros jóvenes? ¿Y todavía nos quejaremos de la deshonor que se infiere á las familias? ¿de las pestilentes dolencias que cortan en flor las esperanzas de sucesion? ¿de la irreverencia y rebelion de los hijos contra sus padres? ¿de las disensiones que diariamente ocurren entre las personas más estrechamente unidas con los vínculos del parentesco ó de la amistad? ¿del lujo y de la disipacion que arruina los más pingües patrimonios? ¿de la desmoralizacion, en fin, que cunde y se extiende á todas las clases y condiciones sociales? ¿Y pediremos templanza, mesura, discrecion, honestidad, nosotros, que hemos soltado el freno á la inmodestia? ¿nosotros, que si no con nuestro concurso, á lo ménos con nuestra culpable indiferencia, hemos contribuido al triunfo de la sensualidad? ¡Oh! ¡cuán ciegos é imprudentes somos!

Por cuanto las hijas de Sion, dice Isaías, anduvieron con la cabeza levantada, guiñando con los ojos y haciendo movimientos afectados con los piés, el Señor las cubrirá de vergüenza. Les quitará el atavío de los calzados, los collares, los joyeles, los brazaletes, las gargantillas, los anillos, las manteletas, las cintas y todos los demás adornos con que se engalanan y envanecen; y en lugar de perfumes exhalarán hediondez, y en vez de fajas llevarán cuerdas y cilicios, y sus trenzados cabellos se convertirán en calvez, y su hermosura y sus pompas en miseria y deformidad.

¡Oh vosotras, á quienes la naturaleza ha dotado de tanta hermosura y de tantas gracias! permitidme que me dirija ahora particularmente á vosotras, y os encomiende con especialidad la hermosura y santa virtud de la modestia. Algunas, con su excesivo esmero en el modo de vestirse y adornarse y con la blandura mezclada de abandono que muestran en sus palabras y acciones, revelan una peligrosa propension á la voluptuosidad; al paso que otras, con sus maneras harto desenvueltas y con la arrogancia de su apostura se manifiestan animadas de un espíritu audaz é inclinado á la soberbia. Así vemos á cada paso, que el amor al lujo y á la moda, el vano deseo de distinguirse, de ser admiradas y obsequiadas, extravía á muchas mujeres que, guiadas por la modestia, serian modelo de madres, hijas ó esposas, miéntras que ahora, llenas de necia presuncion, esclavas de la inconstante opinion y de sus propios caprichos, provocan la risa de los cuerdos, el escarnio y la murmuracion de los maliciosos. No olvidéis, hermanas mías, que la inocencia y el recato son vuestro mejor ornamento y el medio más seguro de captaros el respeto y el aprecio de los hombres. El decoro de vuestro sexo, y aún vuestro interés personal os aconsejan que guardéis un continente severo y una casta reserva. No os dejéis seducir por los insidiosos consejos de la vanidad mundana; no os dejéis alucinar por las estudiadas frases de una traidora adulacion. Si tratais de granjearos los obsequios de muchos, os atraeréis, por último el desprecio de todos, introduciréis la discordia en el hogar doméstico y sereis causa de público escándalo. La religion os dice, que nuestra alma es santuario de la divinidad consagrado por el Espíritu Santo; que á la puerta de vuestro santuario ha sido puesto por custodio el ángel de la honestidad, ¿y os atreveréis á ofender su vista? ¿os atreveréis á profanar un lugar tan santo? Pensad que este mismo ángel es el que algun dia os llevará de la mano á presencia de Dios para ser juzgadas, y os colocará á la derecha ó á la izquierda de su tribunal. ¿Creeis que las modas, las galas y todos aquellos atractivos con que procurais captaros la voluntad de

los hombres; que las pompas del siglo á que renunciásteis solemnemente cuando fuisteis regeneradas con las aguas del bautismo, sean de algun mérito ú os sirvan de alguna excusa á los ojos del supremo Juez?

Pero la modestia nos sirve de escudo, no sólo contra la concupiscencia de la carne, sinó tambien contra la soberbia de la vida. Extraña cosa es que el hombre se infatue y ensoberbezca, menospreciando y humillando á sus semejantes. ¿Cuál es la causa de tanta soberbia? ¿Eres tú, por ventura, el primer hombre que nació, dice Job, ó fuiste acaso formado ántes que las montañas? Al que pretende demasiado, se le niega aún lo que es justo; y pierde el derecho al engrandecimiento, el que lo quiere únicamente para sí. Hombres orgullosos y temerarios, ¿cuán mal comprendéis los intereses de vuestra ambicion! Cuando con una dulce, cortés y afable modestia podriais granjearos fácilmente el respeto, la consideracion y el aprecio ajenos; cuando poniéndoos en humilde lugar, pudierais ser admirados y ensalzados por vuestros semejantes; vosotros, al contrario, con vuestro necio orgullo, con vuestra conducta imprudente os atraeis la indignacion, el menosprecio, la aversion de todos; y por no querer humillaros un poco, os veis por último, hundidos en el polvo. Para vosotros no hay indulgencia: vuestro error, vuestra culpa son tan grandes como palmarios; y miéntras caminais altivos, pisando las cabezas de los pequeños y mirando siempre á las alturas, una mano oculta va escarbando el suelo debajo de vuestros piés y formando un abismo, en el cual tarde ó temprano sois precipitados. La soberbia es precursora de la ruina. Por esto dice el Sábio: No te envanezcas ni te ensalces; no sea que tu virtud caiga despedazada por tu locura. Cuanto más grande eres, más conviene que te humilles, porque la mayor elevacion exige un mayor grado de virtud; y al que más le fuere dado, más le será pedido. La única verdadera grandeza del hombre es la que viene de Dios. La hueca soberbia no es más que el manto con que ocultamos nuestra bajeza; y al contrario, la afable modestia es el distintivo del valor pacífico y sereno. El débil, porque teme, procura defenderse poniendo á su alrededor una barrera de orgullo; el fuerte, empero, seguro de sí, abre cortesmente los brazos á todos. ¡Oh soberbia! ¡oh soberbia! ¡origen de todos los males! ¿hasta cuándo se dejarán los hombres alucinar por el falso brillo del oropel con que te cubres? ¿Cuándo será que bajen los ojos al miserable barro de que están formados? ¿Cuándo será que, vueltos en su acuerdo, consideren y aprecien la modestia de Dios, superior á todos los bienes y riquezas de la tierra? Hijos de un mismo padre, hermanos por la natu-